

mas el Santo Sacrificio de la misa, se despidió de su compañero, y con un crucifijo en las manos entró por la serranía de Durango en busca de gentiles, para reducirlos á la fé de Jesucristo; pocas leguas habia andado, cuando encontró con una numerosa ranchería, y enarbolando el sagrado crucifijo, comenzó con alentadas voces á afearlos sus bárbaros ritos y ceremonias, persuadiéndoles abrazasen las verdades de la ley Evangélica: confusos y admirados de la resolución del apostólico ministro estuvieron los bárbaros largo tiempo, hasta que irritados de la astucia del demonio, que veia que por medio de este varon se habia de minorar mucho su imperio, con crueldad le flecharon, sin que pausase en predicarles, hasta que entregó su espíritu con el divino simulacro de Cristo crucificado en las manos.

Este dichoso fin tuvo el venerable padre Fr. Bernardo, coronando todas sus acciones con la púrpura de su sangre, que valerosamente derramó por la exaltacion y honra del nombre santo de Dios. Tuvo noticia de su dichosa muerte el padre Fr. Diego de la Cadena, y acompañado de algunos indios amigos y los españoles, salió en busca del cuerpo de su hermano, que habiendo estado cinco dias tirado al sol, lo encontró tan flexible como si acabaran de matarle, y vertiendo fresca sangre por sus heridas con una fragancia tan singular, que dejó á todos admirados y devotos. Diósele sepultura en el convento de Durango, donde aunque al presente hay pocas memorias de este bendito religioso; pero yo creo piadosamente que está escrito en la memoria eterna, en que se escriben los justos por su apostólica vida y muerte felicísima. Padeció este ínclito atleta de la fé, el año de 1555, dos años despues de fundado el referido convento del Nombre de Dios, y uno despues de fundado el de Durango por el padre Fr. Pedro de Espinareda, que tuvo la fortuna de ver las primicias de su apostólico celo en la sangre de su primer hijo. Aquí debia yo emplearme en alabanzas de la invicta paciencia de este héroe esclarecido, haciendo saludable para la devocion la memoria de las tribulaciones con que costeó sus glorias; pero en mí este empeño fuera osadía temeraria siendo tan tibio de espíritu, y así me contento con referir sencillamente sus hazañas, fiando á la devocion los afectos que no puede dar la pobreza de mi pluma.

CAPITULO II.

Refiérense otros cuatro religiosos que fueron muertos por estos tiempos en Sinaloa por los bárbaros.

Noticioso el venerable padre Fr. Pedro de Espinareda de la feliz muerte de Fr. Bernardo, celebró el triunfo con especial júbilo de su espíritu, y retirándose á la oracion á dar á Dios las gracias por tanto beneficio, salió de ella, determinado de enviar nuevos obreros á una nueva labor que tenia noticias de la provincia de Sinaloa, de innumerables bárbaros, para que fecundados con el rocío de la doctrina católica, diesen á Dios con su conversion continuas alabanzas. Habia pocos dias que habian llegado á su compañía el padre Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, y el padre Fr. Juan de Herrera, religioso lego, señalados por el M. R. P. provincial del Santo Evangelio, para la conversion de las gentes de esta nueva custodia. Era el padre Fr. Pablo de Acevedo portugues de nacion, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz de la Isla Española, hoy de Santo Domingo; era celosísimo de la salvacion de las almas, y movido de la fama de lo mucho que nuestros religiosos trabajaban en la provincia del Santo Evangelio en la conversion de las almas y administracion de los santos sacramentos á los indios, alcanzó licencia para venirse á ella. De su santo celo y aprobada vida, dieron testimonio no solo los que le conocieron en México, sino los que en estas partes le comunicaron: era celador acérrimo de la divina honra, y los deseos de la salvacion de las al-

mas eran tan ardientes, que lo traian sin sosegar un punto, con la ansia de ocuparse en tan santo ministerio. Supo que en esta nueva custodia era la mies abundante y pocos los operarios, y ambicioso de numerarse entre los obreros de esta viña, pidió licencia á los prelados, que se la dieron gustosos, conociendo sus muy religiosas prendas, y su génio afable y caritativo con todos; trajo por compañero al padre Fr. Juan de Herrera, religioso lego que le fué fiel compañero en el todo.

Fué Fr. Juan de Herrera hijo de la provincia de Santiago, vino á esta Nueva-España el año de 1541 con los doce religiosos que de aquella santa provincia trajo el M. R. P. Fr. Jacobo de Testera para la de Guatemala, á donde los envió con el M. R. P. Fr. Toribio de Motolinia, quien habiendo llegado á Guatemala, envió á Yucatán á cuatro religiosos, y con ellos al padre Fr. Juan de Herrera, que aunque lego, era muy hábil y sufficientísimo para predicar á los recién convertidos, como lo ejecutó fervoroso, pues aprendiendo la lengua maya de aquel país, en breve tiempo, teniendo escuela pública en que enseñar á los indios á leer, escribir y contar con todo esmero, como refiere nuestro erudito Torquemada. Al cabo de algunos años vino á México donde se ocupó sirviendo á los sacerdotes religiosamente: en esta ocasion se ofreció la venida de Fr. Pablo en compañía del gobernador de la Vizcaya, y celoso Fr. Juan de emplear el talento que Dios le habia dado en la conversion de los infieles, vino en su compañía á esta custodia. Recibiólos el prelado con entrañas de amoroso padre, y los hospedó y regaló con lo que ofrecian las penurias de aquellos tiempos: ya que hubieron descansado, los llamó el prelado y les hizo este razonamiento.

“Amados hijos míos, aunque la prontitud de vuestro humilde rendimiento me causa y sirve de consuelo, porque consta que venísteis resignados y resueltos á padecer los trabajos que se ofrecieron por la dilatacion de la fé; pues á este fin habeis solicitado venir á estas tierras solitarias de gente de razon, y solo de bárbaros pobladas; con todo esto, de parte de Dios os ruego no tengais un instante ociosos vuestros fervorosos deseos: tengo noticias ciertas que en la provincia de Sinaloa hay innumerables poblaciones de gentiles chichimecos que viven sumergidos

en sus errores, por falta de ministros; á estos es mi ánimo enviaros, para que con las luces de vuestra predicacion y ejemplo salgan del gentilismo en que el demonio los tiene alucinados. Disponed vuestros corazones para que en vuestra resignacion logre feliz asiento el divino beneplácito: conservad la paz que es señal de caridad perfecta, sed humildes y pacientes en los trabajos para que salgais siempre victoriosos: nunca falte de vuestra memoria la de la acerba pasion de nuestro amantísimo Jesucristo, que ésta confortará en las mayores fatigas vuestros corazones, y en las mayores tribulaciones, que en obsequio de su amor padecereis os dará alientos.”

Con las amorosas palabras de su prelado quedaron enternecidos los dos venerables súbditos, y con alegría generosa se resignaron á la obediencia con ánimo de permanecer en la empresa hasta dar la vida á imitacion de su Soberano Maestro. Dióles su bendicion el prelado, y ellos tomaron su viage para Sinaloa, llevando por viático la confianza en la Providencia Divina, que siendo el mas seguro, es el que causa menos peso: caminaron á pié y descalzos por la Sierra muchos dias, y á cuantos indios encontraban en la montaña, iban alumbrando con las luces de la fé católica: tardaron mas de dos meses en pasar las distancias de ella, sin mas sustento que algunas bellotas, y otras silvestres frutas que producian los montes; pero tan contentos los siervos de Dios con los trabajos, que se recreaban con ellos como con regalos enviados por el Altísimo: llegaron á Sinaloa estos dos varones esforzados, donde hallaron la copiosa mies que buscaban con singular regocijo de sus corazones.

Comenzaron á predicar la divina ley entre los gentiles bárbaros, que los recibieron con mas benignidad que la que acostumbran: diéronse tal lugar con su conversacion y trato los dos benditos religiosos con los bárbaros, que á pocos dias les ganaron las llaves de sus duros y obstinados pechos, y rindiendo sus corazones al yugo de nuestra católica ley y cristiana doctrina estaban con los padres tan bien hailados como si se hubieran criado y nacido con ellos. Como doce años duró la tranquilidad de los indios y gusto de nuestros religiosos ministros, haciendo en este tiempo unas iglesias y casillas de paja en que

asistian á los divinos oficios, haciendo al mismo tiempo en diversos puntos de la provincia de Sinaloa otras casas donde se juntasen los indios á la doctrina cristiana, así los párvulos como los adultos de uno y otro sexo, á cuya educacion asistian los dos benditos religiosos. Cuando los padres entendian que estaban mas gustosos los indios, y en la doctrina y cristiana ley que habian recibido, mas bien hallados, el enemigo comun comenzò à sembrar la cruel semilla de la zizaña en los corazones de los indios, tierra bien dispuesta para la produccion de todo género de maldades; sucedió, pues, en esta forma:

Pacificada la tierra por medio de estos benditos religiosos, sin mas armas, ni mas costo que su religioso instituto y su celo fervoroso, avisaron al gobernador de la Vizcaya, cómo los indios de aquella dilatada provincia eran ya fieles vasallos de la Iglesia y del rey de España; no dieron el aviso á sordo, ni á desinteresado, pues sin atender que eran unos pobres recién convertidos, rodeados de indios bárbaros que los perseguian, sin mas caudal para su sustento que la flecha y el arco, envió á un perverso mulato que cobrara á los indios de Sinaloa un señalado tributo cada año para su persona. Y como semejante canalla siempre ejecuta prontamente lo que no debe, comenzó á molestar á los indios y á maltratarlos para la cobranza; y como no tenian con que satisfacer por modo alguno su codicia, se multiplicaron los malos tratamientos á los pobres indios. No era esto lo peor, sino que el mulato malvado les decía que era orden del padre, para ver si por este medio y el amor que al padre profesaban podia recaudar de los indios alguna cosa: con estas pláticas del mulato con los indios, y otras que les diria, para escusarse de la infamia que ejecutaba, contrajeron los indios un odio implacable contra el bendito padre Fr. Pablo, y como no vive el leal mas tiempo que el que el traidor le concede, le perdieron los indios el amor que le tenian y se convirtió en insaciable furor é ira con que alevosamente cuando menos lo pensaba, le quitaron la vida con crueldad de bárbaros.

No quedò el mulato sin su merecido castigo, pues viendo á su santo padre muerto los indios, y que al espirar les habia dicho con ternura, que en qué les habia ofendido para que con

tanta crueldad le mataran, conocieron que el mulato habia sido la causa de su delito, provocándolos con sus embustes, á que se indignasen contra su santo maestro y padre, y con este conocimiento buscaron al mulato, y le hicieron minutísimos pedazos en presencia del religioso lego: reprendió éste su atroz y bárbaro delito con tanta eficacia, que afirmó un indio que vino á dar la nueva, que lloraban como compungidos de ver muerto al padre Fr. Pablo: poco les duró este sentimiento, porque como un hierro siempre se eslabona con otro, temiendo que el padre Fr. Juan como testigo de vista, habia de serlo de su enorme y atroz delito, le quitaron tambien la vida á breve rato, aunque le miraban todos como á su padre, por su amor y cariño: mataron tambien á los indios mexicanos que los padres habian llevado para que les ayudaran en la enseñanza de la doctrina, y otras cosas necesarias; quedando en término de un dia destruido el cristianismo de una provincia tan dilatada como Sinaloa, que les costó à los benditos religiosos doce continuados años de sudores y trabajos, solo por no atemperarse à la mente real un ministro codicioso, y por los diabólicos embustes de un mulato, sugeto tan adecuado para cualquier diabólica astucia, que en toda la naturaleza humana no hallaria semejante el demonio, y solo podria conseguirlo, tomando por instrumento á un mulato. Sucedió su dichosa muerte año de 1567.

Dejaron los indios bárbaros los cuerpos de los religiosos y de los demas que mataron, tirados en el campo, y se fueron fugitivos á las serranías, temerosos del castigo que les amenazaba. Despues de pasados muchos dias, se supo la muerte de los religiosos por un indio de Sinaloa, que pareciéndole mal la accion de sus hermanos y compañeros, vino á avisar al custodio, que condolido de la lastimosa muerte de sus hijos, solicitó quien le trajese sus cadáveres ó huesos, para darles honorífico sepulcro. Vivian á la sazón en el convento de Durango con el custodio dos religiosos sacerdotes, de ejemplarísima vida, que se ocupaban en el ejercicio de la conversion de los chichimecos, cuyos nombres y patrias se ignoran por la poca curia de aquellos tiempos, y por las razones arriba referidas. Estos dos religiosos se ofrecieron á ir voluntariamente por certificarse de la verdad del caso, y hallando ser cierto, conducir sus cadáveres,

ó á lo menos darles decente sepulcro. Salieron de Durango estos dos apostólicos religiosos en busca de sus difuntos hermanos; predicaban por los caminos la divina ley á cuantos indios hallaban, convirtiendo muchos de ellos á la fe católica: con esta tarea apostólica llegaron á Sinaloa, y viéndolos los atroces y alzados indios que moraban en la serranía, y que sacrílegos mataron á los religiosos, bajaron á los llanos en su seguimiento: conocieron los religiosos la dañada intencion que los bárbaros traian, y esforzándose recíprocamente con valerosa constancia, puestos en manos de Dios, les salieron á los indios al encuentro con el estandarte de la fe en las manos; comenzaron á afearlos su apostasía, y á predicarles las verdades de la fe católica, y desentendidos los indios de tan saludables consejos, endurecidos y obstinados, quitaron á flechazos la vida á los dos benditos religiosos, dejando sus cuerpos en el campo para pasto de los silvestres animales.

Llegò á noticia de los españoles del contorno la nueva de uno y otro caso, y unidos, determinaron, pasados ya mas de dos meses, ir á enterrar ó traer los cadáveres de los religiosos. Todos los hallaron comidos de los lobos y coyotes, y la mayor parte de los huesos: solo el cuerpo del venerable P. Fr. Pablo de Acevedo hallaron entero é incorrupto, sin que le faltase parte alguna; pero tan pequeño y reunido, que siendo hombre corpulento y de mas que mediana estatura, parecia en todas sus proporciones cuerpo de un niño de tres años. Conociánle muchos de los circunstantes, y mirándole con reflexion, no dudaban por el rostro, hàbito y cerquillo, ser el venerable Fr. Pablo; pero les admiraba su flecsibilidad, incorrupcion y estatura pequeñísima á que lo veian reducido, y admirando los prodigiosos é inescrutables juicios del Altísimo, lo trajeron al Nombre de Dios, donde se le dió honorífico sepulcro, y juntamente se enterraron los huesos de los otros tres religiosos, que aunque de los dos no sabemos los nombres, espero piadosamente estarán puestos en el libro de la vida.

Este encogimiento y reunion de las partes del cuerpo de Fr. Pablo, hasta formar la estatura perfecta de un pequeño niño, no puede carecer de misterio; y aunque no quisiera tocar este punto, porque no me tengan por misterioso; pero á vista de las

circunstancias que precedieron á su muerte, de los embustes del mulato, y de los motivos que dieron despues los indios para haberle muerto, que de todo vino á ser la causa el mulato cabiloso, discurro piadosamente, que el no haber permitido Dios llegasen los animales al cuerpo de Fr. Pablo, sino que se conservase incorrupto, reducido á la estatura de niño, quiso manifestar al mundo la inocencia de este venerable padre, y cómo se hallaba libre de la calumnia que le imputaba el mulato, de ser causa de las vejaciones que ejecutaba en los indios; y como Dios ama á los suyos, y no quiere que la buena vida y rectas operaciones de sus siervos queden en opiniones y dudas, dispuso su Providencia Divina, manifestar á los hombres lo libre que se hallaba Fr. Pablo de las falsas imposturas del mulato, librando su cuerpo de los animales voraces de aquellos campos, libre de corrupcion, y reducido á la estatura de niño, á la que el Divino Maestro puso á los apóstoles por ejemplar de la mayor inocencia, y de la vida mas arreglada á que vinculó la bienaventuranza. Fué su dichosa muerte año de 1567.

